

Bernabéu Albert, Salvador; Mena García, Carmen; Luque Azcona, Emilio José (coords.), *Filipinas y el Pacífico. Nuevas miradas, nuevas reflexiones*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2017, 564 pp.

Como su título indica, esta obra pretende dar un protagonismo al Pacífico para indagar en los complejos fenómenos que se esconden en su seno, observándolo desde un lugar y un tiempo concreto: el pasado colonial de las Filipinas hispánicas.

Mas la pretensión del título del libro se evapora cuando descubrimos que Filipinas y su relación con el Pacífico es una mera excusa para situar el epicentro analítico en América y la península ibérica, pues la mayoría de los autores que participan en esta obra colectiva miran a las Islas del Poniente desde dichos espacios y no desde el corazón del gran océano mundial. De este modo, a mi modo de entender, quizás habría sido más apropiado alterar el título del libro, sustituyendo el término «Pacífico» por «Iberoasia».

Paradójicamente, este espejismo resulta a la par interesante al plasmar la potencialidad de la obra, pues realiza una radiografía del estado de los estudios del Pacífico en la historiografía española, la cual tiende a asociar el extenso espacio de la antigua Mar del Sur a América, Filipinas y su área circundante, obviando aquellos fenómenos que surgen en las entrañas de la Melanesia, Polinesia y, en menor medida, la Micronesia (al hallarse las Marianas y las Carolinas). El peso de la denominada «Perla del Pacífico» de la Oceanía hispana y la tendencia de todas las historiografías nacionales a dar mayor protagonismo a aquellas zonas con las que mantienen una vinculación especial conducen a este sesgo comprensible. Menos justificable es que en pleno siglo XXI, donde las sociedades mundiales tienden a la homogenización y las fronteras nacionales se resquebrajan como consecuencia de la globalización, la mayoría de las investigaciones que aparecen obvian las grandes aportaciones de los denominados «Pacific Studies», que a diferencia del mundo hispánico analizan al Pacífico desde su corazón (Oceanía) y no desde sus cuencas (América-Filipinas). Máxime cuando muchos de

sus autores se quejan de la escasez de obras secundarias que han hallado para realizar su investigación. Quizás si hubieran conocido las investigaciones de Rainer Buschmann, Matt Matsuda, Max Quanchi, Philip Cass, James Warren, Lorenz Rudolf Gonschor, Myjolyne Marie Kim, Chris Ballard, Marc Tabani, etc., habrían ampliado su conocimiento y su perspectiva analítica y, por consiguiente, habrían matizado esa percepción. Este uso de las fuentes secundarias sigue la tendencia de las primeras porque en el discurso de la obra la voz del nativo escasea al construirse una historia a través del diálogo creado por las élites españolas. De ahí que podemos tildar esta obra como continuadora de la vieja historiografía española filipinista, en el sentido de que mira a las Filipinas desde el «ombligo» del antiguo epicentro del imperio ultramarino hispánico. Así lo indica el uso continuado de términos totalmente etnocentristas como «Extremo Oriente» (que llega incluso a aparecer en el título del capítulo quinto), obviándose, de esta manera, la apuesta de Mark Borthwick de sustituir dicho término por el de «Pacífico asiático».

Empero, sería injusto incluir a todos los autores que participan en este libro en esta tendencia de aproximarse al devenir de *Filipinas y el Pacífico* desde esa vieja perspectiva etnocentrista. De hecho, existe una gran disparidad en cuanto a la temática y la calidad de los veintitrés capítulos que lo componen. Como bien se indica en la introducción, la obra es el resultado de una selección de las investigaciones presentadas en el Congreso Internacional «El Pacífico, 1513-2013. De la Mar del Sur a la construcción de un nuevo escenario» (Sevilla, 23 al 27 septiembre de 2013). De ahí que aparezcan estudios de contenido variopinto (económico, político, social, artístico, cultural, etc.) que en teoría están interconectados por el nexo de unión de Filipinas. Dada esta heterogeneidad los coordinadores han realizado un esfuerzo para agruparlos en diferentes secciones y darle un hilo argumental a la obra, englobando las investigaciones en dos grupos. El primero de ellos definido por el comercio y la navegación, y el segundo por la administración, sociedad y gobierno. Sin embargo, la tendencia de las investigaciones a exaltar la estructura de la élite del imperio ultramarino español provoca que en ocasiones no se entienda dicha estructuración, pues la mayoría de las investigaciones, a mi juicio, formarían parte del segundo apartado.

En cuanto a la calidad de los trabajos existe un gran salto cualitativo entre los mismos. Los capítulos de José Miguel Herrera Reviriego, Chen-Chen Fang, Salvador Bernabéu Albert, José Luis Gasch Tomás, Ander

Permanyer, Pedro Luengo Gutiérrez, Beatriz Vitar, Juan Antonio Inarejos Muñoz, Álvaro Recio Mir, y el de Antonio González Martín junto con María Medrano, Lucía Regalado Liu, Sergio Arroyo Peña y Amaya Gorostiza, son extraordinarios por la metodología utilizada, donde su exquisito tratamiento de las fuentes se complementa con la búsqueda de respuestas globales. De esta manera, no se limitan a analizar de forma descriptiva las fuentes primarias localizadas, tendencia que se generaliza en el resto de los autores, sino que van más allá, intentando interconectar la realidad de las islas Filipinas con otros fenómenos históricos que se producen en otras latitudes. También resultan muy interesantes las investigaciones de Alicia Castellanos Escudier, Manuel Pérez Lecha, Susana Jurado Cerón, Ascensión Martínez Riaza, Marta Manchado López, María Baudot Monroy, Susana Ramírez Martín y Montserrat Domínguez Ortega, y de Miguel Luque Talaván y José María Fernández Palacios, por el tema de investigación elegido y el análisis científico que realizan sobre el mismo. En mi opinión, el resto de los capítulos que aparecen en el libro merman la aspiración de la obra de ser un referente de la historiografía filipinista, ya sea por la ausencia de una definición apropiada del objeto de estudio, por el precario análisis de las fuentes primarias y/o secundarias, por la tendencia a analizar de forma descriptiva las fuentes primarias utilizadas (sin preguntarse qué hay más allá de la realidad que describen), o por la necesidad de mejorar el hilo argumentativo y los aspectos formales de la redacción, que a veces dificultan la lectura.

Pese a ello, la obra *Filipinas y el Pacífico* podríamos considerarla como uno de los trabajos más interesantes que se han publicado en los últimos años sobre la histórica relación de Iberoamérica con Asia, pues ha ampliado la temática del estudio y todos sus autores aportan elementos interesantes para su desarrollo. Así, por ejemplo, se minimiza la marginación con la que es tratada el área fronteriza de la circunscripción filipina (como manifiesta el protagonismo que Alicia Castellanos otorga a Borneo, Chen-Chen Fang a la Taiwán hispánica, o José Miguel Herrera a las Marianas); se emplean elementos propios de la microhistoria para indagar sobre el imperio ultramarino español (véanse los capítulos de José Luis Gash y Álvaro Recio, quienes respectivamente analizan de forma sublime el papel del maíz y los vehículos para describir las características económicas y sociales del sistema colonial hispano); se apuesta por la interdisciplinaridad (como indica la relación entre la biología y la historia realizada en el capítulo de González Martín y otros titulado «Atlas

etno-histórico y topogenético de las islas Filipinas»; o el empleo de los censos por parte de Luque Talaván y Fernández Palacios); se adelanta en el conocimiento del entramado social de la colonia, focalizándose la atención en las características de su élite social, tanto en las propias islas Filipinas como el papel de los filipinos en América y la península ibérica (así lo plasman los trabajos de Magdalena Guerrero sobre los filipinos en Cádiz, Pedro Luengo sobre las redes creadas por la familia Mémije por todo el imperio ultramarino, Ascensión Martínez sobre los denominados ayacuchanos en el gobierno de Filipinas, María Baudot sobre la gobernación de José Basco y Vargas durante la época de la Ilustración, y Beatriz Vitar sobre la importancia de la raza en la sociedad hispánica de fines del siglo XIX); se profundiza en las formas de comportamiento del nativo filipino (Marta Manchado analiza sus creencias, Juan Antonio Inarejos su participación en el sistema político de la colonia, y Carlos Villoria Prieto las miradas de los españoles del siglo XVIII, tomando a Pedro Murillo Velarde como estudio de caso); se ahonda sobre la importancia de la ciencia en el desarrollo de la colonia (manifestándose en el análisis de Laura Barba Beltrán sobre la *Geographia Historica* de Murillo Velarde; o el estudio de la creación de la Escuela de Teneduría de Libros de Manila abordado por Susana Ramírez y Montserrat Domínguez); se exploran las características de los barcos que surcaban el Pacífico para crear y/o consolidar las rutas comerciales en este espacio (en este sentido resultan interesantes los capítulos de Salvador Bernabéu y María Teresa Caballo Gil, que analizan, respectivamente, la expedición del galeón San Jerónimo en 1566 y la nao Nuestra Señora del Juncal en 1631; el estudio de Manuel Pérez Lecha, que profundiza en el papel comercial que desempeñaban las Filipinas en el contexto bélico de finales del siglo XVIII; las investigaciones de Begoña Cava Mesa y de Ander Permanyer, centradas, respectivamente, en el papel que desempeñaban el puerto de San Blas en México y la China del siglo XVIII en las rutas comerciales hispánicas; o el trabajo de Susana Jurado sobre el papel de la armada en la ruta de Filipinas en el último tercio del siglo XVIII).

Por consiguiente, con unas sombras provocadas por el tratamiento que otorga la historiografía española al Pacífico y unas luces que emanan de la calidad de la mayoría de los investigadores que participan en esta obra y de la originalidad de la temática, recomendaríamos a todos los interesados en los temas filipinistas la lectura de la obra *Filipinas y el Pacífico*.—DAVID MANZANO COSANO, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Bertrand, Michel; Blanquer, Jean-Michel; Coppolani, Antoine; Vagnoux, Isabelle (dirs.), *Les Amériques. Du précolombien à nos jours*, Paris, Éditions Robert Laffont (Collection Bouquins), 2016, 2 vols., XL + 950 y XXXIV + 958 pp.

Un cualificado grupo de historiadores franceses asumió en su día la compleja tarea de elaborar un diccionario de historia de las Américas, que salió a la luz gracias al apoyo del Institut des Amériques y de la editorial Robert Laffont. Si los responsables de la obra (en dos volúmenes, separados por la fecha convencionalmente pertinente de 1830) se propusieron, desde un punto de vista material, ofrecer un producto de cómodo formato, muy manejable a la hora de facilitar las consultas, también han tratado de organizar la información de manera que garantice su utilidad tanto para el especialista como para aquel que llaman *l'honnête homme*. Una extensa introducción (donde se justifican las opciones adoptadas por los directores) deja paso a unos amplios cuadros cronológicos antes del despliegue de las voces, todas ellas acompañadas de unas sucintas referencias bibliográficas.

La originalidad de la obra reside, en primer lugar, en la concepción del continente americano al mismo tiempo como un todo, que presenta toda una serie de rasgos comunes que proceden de la geografía y del propio devenir histórico, y como un mosaico de realidades diversas, que aconsejan emplear el título en plural. Del mismo modo, el continente tiene, por una parte, su propia especificidad y, por otra, está permeado por las influencias que ha recibido (y continúa recibiendo) de otros mundos. Finalmente, las voces tratan de privilegiar la larga duración y los elementos compartidos frente a las singularidades igualmente evidentes.

No es aquí el caso de presentar uno por uno a los responsables de la edición y mucho menos a los autores de las diferentes entradas. Sin embargo, apuntemos al menos los títulos académicos que avalan a los directores de la obra: Michel Bertrand es director de la Casa de Velázquez en Madrid, Jean-Michel Blanquer fue presidente del Institut des Amériques y actualmente es ministro de Educación de la República Francesa, Antoine Coppolani es profesor de Historia Contemporánea en la Université Paul-Valéry Montpellier 3, e Isabelle Vagnoux es profesora de Historia y Política de los Estados Unidos en la Aix-Marseille Université. Los autores de las voces casi alcanzan el número de 160 y han sido escogidos entre el profesorado más cualificado del mundo académico y universitario francés

(donde nos encontramos nombres tan conocidos del americanismo español como los de Bartolomé Bennassar, Thomas Calvo, Bernard Lavallé o Zacarías Moutoukias, entre varios otros), así como de otra procedencia, como es el caso de Víctor Mínguez (Universitat Jaume I de Castellón), Pablo Emilio Pérez-Mallaína (Universidad de Sevilla), Horst Pietschmann (Universität Hamburg), Manuel Alcántara y Elena Martínez Barahona (Universidad de Salamanca), o Bernardo Sorj (Universidade Federal do Rio de Janeiro).

Los dos volúmenes se estructuran de modo parecido, aunque el primero se abre con una sustanciosa introducción firmada por los responsables de la obra y titulada muy acertadamente «Pour une approche continentale de l'Amérique», que es como una declaración de principios, a la que nos referiremos con mayor detalle enseguida. Continúan ambos tomos por una cronología de los principales hechos históricos (unos *éléments chronologiques*), algunos mapas (grandes áreas culturales, grandes sistemas fluviales, América hacia 1790 y América hoy), un corto glosario de términos (solo en el primer volumen) y un muy exacto índice onomástico, de gran utilidad, a lo que hay que añadir los cuadros e ilustraciones que enriquecen determinadas entradas.

La introducción al conjunto de la obra (páginas IX-XVIII) se propone justificar la concepción de las Américas, de América (y, por ende, del diccionario), como un todo, lo que permite privilegiar la mirada continental sobre las distintas temáticas contempladas en los dos volúmenes, frente a una visión excesivamente fragmentada, que es la propia de los diccionarios más al uso, y ello pese a la división de la información en un total de 530 entradas, una cifra que no deja de ser un primer logro para una edición de bolsillo presentada dentro de un cofre de reducidas dimensiones. La tesis central que vertebra toda la labor es la existencia de una relación particular («americana») entre el espacio y el tiempo que consiente e incluso anima a esa unidad en el tratamiento: «inmensidad del territorio y celeridad de la colonización, dificultad de la comunicación y superación de los obstáculos, disparidad geográfica del reparto de las poblaciones y fuertes concentraciones humanas en las mayores megalópolis del mundo, heterogeneidad del poblamiento y desarrollo de un espíritu americano, alejamiento del mundo y cristalización de la mundialización, y quedaría por escribir una metafísica de la americanidad...».

Los autores prosiguen señalando que el descubrimiento de América no fue solo una revolución geográfica (que desveló definitivamente la

redondez de la tierra), sino también una revolución filosófica que permitió la eclosión de la civilización moderna y el desencadenamiento de lo que hemos venido en llamar mundialización. Con una frase lapidaria y afortunada: «El Nuevo Mundo alumbró un mundo nuevo».

Y profundizando en ese sentido, Serge Gruzinski y sus colaboradores (Louise Bénat-Tachot y Boris Jeanne) han podido hablar de un proceso de americanización, una noción que los directores del diccionario consideran insoslayable para comprender la historia del continente en el pasado y en el presente. Y así recogen la definición del conocido autor de *Les quatre parties du monde*: «Se trata de explorar la manera en que la proyección ultra-atlántica de las sociedades europeas, y por tanto de una parte de la Europa moderna, conlleva no solo procesos de occidentalización, reacciones de adaptación y de apropiación *in situ* y mestizajes diversos, sino igualmente fenómenos menos estudiados de reconfiguración y de difusión continental de los rasgos así adaptados, modificados y territorializados».

Este papel de campo privilegiado de la occidentalización, de la europeización (tan unido al concepto del «sistema atlántico»), no impide, sin embargo, que América se convierta no solo en «espejo del mundo», sino en el crisol de la mundialización, puesto que ya no es únicamente la proyección de Europa, sino también de los restantes continentes, «un concentrado del mundo». Una idea que nos trae a la memoria la apología de Bernardo de Balbuena o lo que hemos llamado en un trabajo reciente el «sueño de una generación», la convicción de que México (y podría ser la entera América española) se había convertido en el centro del mundo. O también el rol que la plata española (es decir, la plata hispanoamericana) tuvo como catalizador de esta primera globalización, como hemos sostenido asimismo a través de diversos escritos y en numerosos foros académicos de Europa, de Asia y de América.

A continuación se defiende el título mismo del libro, ya que hoy resulta más conveniente hablar de las Américas, por dos motivos: para englobar a los estadounidenses, a los canadienses y a los latinoamericanos (término difícil de soslayar en una obra francesa, pero también en una obra publicada en aquel continente, donde lo latino opera por contraposición a lo anglosajón), y para referirse al mismo tiempo a la diversidad y a la unidad del continente. Porque, y esto enlaza ya con las decisiones que han modelado directamente la organización del diccionario, son muchos los objetos, los contenidos, que no permiten una aproximación regional, sino que exigen un tratamiento continental, por mucho que buena parte del mundo académico

sea todavía partidaria de tales compartimentaciones espaciales y se resistan a «crear espacios de diálogos y de confrontaciones transdisciplinarias que definan como pertinente y operativa la escala continental». Estos mundos americanos que parecen tan diversos tienen raíces y ramificaciones muy vinculadas entre sí.

Esta concepción ha impulsado a los directores del diccionario a privilegiar las grandes entradas transversales y desplegadas en la larga duración (solución que haría las delicias de los historiadores de *Annales* y, en el presente, de Jo Guldi y David Armitage) frente a las voces particulares atentas a un lugar determinado, a un personaje concreto o a un hecho histórico preciso. Sin embargo, hay que subrayar que ambas opciones tienen su lugar en la obra, que se esfuerza por ofrecer un equilibrio entre la novedad introducida a partir de una reflexión lúcida y profunda y aquellas referencias onomásticas o toponímicas singulares que *l'honnête homme* del principio no dejaría de buscar entre los artículos generales de mayor amplitud y ambición explicativa.

En cualquier caso, como muestra de las cuestiones tratadas en el diccionario, algunas de las entradas extensas se refieren a las siguientes temáticas: imperio, conquista, colonización, constituciones, intercambios, religión (catolicismo, protestantismo, misiones, masonería, etc.), educación, esclavitud, expediciones, mujeres, piratería, independencias o resistencias (en el primer volumen); y abolicionismo, demografía, federalismo, historiografía, migraciones, pactos internacionales, partidos políticos, prensa, artes (plástica, música, cinematografía) y literatura (en el segundo volumen). Del mismo modo, las voces más cortas, las que se ocupan de personajes o de lugares, también han sido cuidadosamente seleccionadas, de modo que en un caso nos encontramos con solventes síntesis biográficas de Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Simón Bolívar, Thomas Jefferson o George Washington y de Salvador Allende, Malcolm X, el Che Guevara, Jorge Amado, Julio Cortázar o William Faulkner, y, en el otro, con sucintas pero sustantivas noticias sobre Tenochtitlán, Cuzco, Cartagena de Indias, Buenos Aires, Río de Janeiro, Ciudad de México, Montréal o Nueva York.

De este modo, podemos concluir nuestra reseña de este diccionario de todas las Américas, recomendando vivamente su uso como un excelente instrumento de consulta y como una fuente de bien contrastada información. Y recomendar para su mayor difusión una pronta versión española.—
CARLOS MARTÍNEZ SHAW, Real Academia de la Historia.

Herrera Guillén, Rafael, *¡Adiós América, adiós! Antecedentes hispánicos de un mundo poscolonial (1687-1897)*, Madrid, Tecnos, 2017, 289 pp.

El ensayista y filósofo Rafael Herrera Guillén nos presenta en esta obra una interesante idea: la existencia de una conciencia de finitud del imperio hispánico desde mucho antes de que este final se produjese. Con esta propuesta el autor sitúa los antecedentes del debate poscolonial en el mismo mundo hispánico y mucho antes de que tuviera lugar dicha controversia en ningún otro lugar. Este cuestionamiento de la realidad imperial-colonial española quedó plasmado en los escritos de algunos de los pensadores más destacados de la modernidad hispana, así como de importantes intelectuales del siglo XIX. Con el fin de sustentar su argumentación, Herrera Guillén nos propone un concepto cuando menos sugestivo: la existencia de una conciencia proto-poscolonial. En su opinión, argumentada y fundamentada a lo largo de la obra, existió una línea de pensamiento en la que se puede identificar con rasgos poscoloniales una primera filosofía hispánica que enlazaría con las reflexiones noventayochistas y llegaría hasta la reflexión sobre el mundo post-hegemónico que está hoy de actualidad. Por tanto, desde los mismos tiempos del dominio colonial de América hubo un esfuerzo deliberado y meditado por comprender la relación que España habría de tener con aquellos territorios una vez que estos se emancipasen.

El autor desgana estos antecedentes a continuación del prólogo y de un primer capítulo introductorio, en ocho estudios específicos (numerados como capítulos del 2 al 9), que pueden ser contemplados con igual interés de manera individual, resultado posiblemente de su condición de obra de síntesis, pues el autor ha ido publicando distintos trabajos parciales con temática muy similar a cada uno de los capítulos de la obra aquí reseñada.

En cuanto a su estructura el libro cuenta con dos partes bien diferenciadas. Por un lado el capítulo introductorio, que tiene un planteamiento teórico-crítico sobre el concepto de dominio imperial español, en el cual propone el autor un neologismo: Ib-Euro-América. Por otro lado está el cuerpo principal del trabajo (capítulos 2 a 9), que consiste en el análisis de los que Herrera Guillén considera «hitos fundamentales» de las reflexiones sobre el final del dominio imperial hispano. Empezaremos por explicar estos últimos.

El trabajo específico se inicia con el estudio de los postulados ya planteados en el siglo XVII por Gabriel Fernández de Villalobos. El autor del libro reseñado estudia la obra *Mano de Relox que muestra y pronostica la ruina de América* (1687), en la que el marqués de Varinas planteó que la

monarquía hispánica había establecido un sistema tan corrupto que estaba destinada a perder sus dominios en América. A continuación, Herrera Guillén pasa a la siguiente obra (que dista casi un siglo de la anterior): *Las señales de la felicidad de España y medios para hacerlas eficaces* (1768), de Francisco Romá y Rosell, quien señalaba la necesidad de abandonar el sistema de control de los dominios americanos o al menos modificarlo, centrándose en los principales puntos comerciales de los territorios españoles en la península ibérica, en especial, en Barcelona. La propuesta del autor catalán, netamente mercantilista y colonial, era establecer un centro industrial que se abasteciese de las materias primas americanas y surtiese a los mercados coloniales con productos manufacturados. La tercera propuesta examinada por Herrera es la de José de Ábalos, intendente de Venezuela, que en una representación a Carlos III en 1781 ahonda en una idea esbozada también por sus antecesores: América, al contrario de lo que se creía, resultaba demasiado costosa para la Corona y por ello España acabaría perdiendo su dominio directo. Su solución era modificar el sistema mediante la instauración de monarquías independientes unidas por su origen dentro de la rama borbónica hispánica. Solo tres años después el conde de Aranda presentaría su proyecto reservado al mismo monarca, teniendo muy presente el caso precedente de la emancipación de las Trece Colonias en Norteamérica y siguiendo en gran medida el plan de Ábalos de una estructura cohesionada de monarquías independientes de signo borbónico.

Para Herrera Guillén no hay dudas de que las propuestas previamente señaladas son muestras de una interpretación política minoritaria del peligro de una posible emancipación americana antes de tener ejemplos en sus propias tierras. Por tanto, es posible que la unificación que hace el autor en un solo capítulo (el número 2) de los distintos planteamientos expuestos sea un tanto artificiosa, ya que debería considerarse de naturaleza muy distinta la propuesta de Varinas o incluso la de Romá, mientras las de Ábalos y Aranda tienen el sustrato del mismo contexto histórico. Quizá hubiera sido más lógico enlazar estas propuestas con las siguientes a las que se dedican dos capítulos, uno específico sobre la exhibida por Floridablanca y la matización al respecto que hizo Juan Sempere y Guarinos (capítulo 3), y otro sobre Jovellanos (capítulo 4).

En cuanto al tercer capítulo, no analiza propuestas específicas para una solución ante la previsible disolución del dominio imperial sino proyectos para tratar de salvar el esclerotizado dominio español en América. Floridablanca en su *Instrucción Reservada* (1787) considera que la posibilidad de

conservar el dominio imperial pasaba por establecer un modelo similar al británico donde el comercio colonial tuviera una preeminencia en el sistema frente al viejo modo de dominio territorial. Sin embargo, Sempere, en la *Co-lección de las leyes de España* (1786), que enlaza con la necesidad expuesta por Moñino, considera que la propuesta de cambio llegaba demasiado tarde y que incluso el modelo a imitar ya estaba agotado para Inglaterra, como había demostrado la emancipación de las Trece Colonias. En ningún caso Herrera Guillén señala que Floridablanca o Sempere propongan una alternativa poscolonial, aunque sirven al autor para explicar el espíritu iberocentrista de sus planteamientos. Distinto es el caso de Jovellanos (capítulo 4), que como solución a la crisis de la Monarquía Hispánica de principios del XIX con respecto a América proporcionó un marco teórico al impulsar la idea de que aquellos territorios eran provincias con derecho a representación en Cortes, basándose en que al otro lado del Atlántico debían compartirse los principios de una «Constitución hispánica». La paradoja que explica Herrera Guillén es que la reivindicación de esos mismos derechos fue la que abrió las puertas de la independencia americana, no solo entonces, sino hasta 1898.

El capítulo 5, dedicado a Blanco-White, señala cómo el autor sevillano mantuvo en sus publicaciones en *El Español* (1810) la propuesta de Jovellanos de que la única forma de mantener la fidelidad de América era considerar que tenía los mismos derechos que España a nivel político, jurídico y económico. Esto queda enlazado con la idea de la pérdida de la centralidad de Europa como eje global frente a América, aunque conservando los principios europeos. Sin embargo, tanto con Jovellanos como con Blanco-White no puede hablarse de un pensamiento pre-poscolonial *sensu stricto* pues ambos están asistiendo en directo a la formación de esa realidad poscolonial. Están tratando de dar explicación y respuestas a la disolución de una realidad colonial que se desmorona. Jovellanos defiende una estructura provincial y Blanco-White propone una autonomía, ambas opciones se demostrarán ya imposibles en su tiempo. No son propuestas para una realidad existente sino que responden a un análisis desfasado y, por tanto, son inútiles. No parecen unas reflexiones destinadas a gestionar la situación poscolonial que ha surgido a principios del XIX. En definitiva, son más útiles para entender qué pasó que para saber si había un pensamiento español destinado a establecer las bases de las relaciones poscoloniales con América. Ese sí es el caso de Álvaro Florez Estrada al que Herrera Guillén le dedica el sexto capítulo. En su *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España* (1811) Flores Estrada muestra la opción de plantear una recuperación de las relaciones entre uno y otro

lado del Atlántico sobre modernos postulados liberales, con un nuevo pacto fundado sobre el mutuo interés económico. Por tanto sí plantea un auténtico pensamiento poscolonial en la temprana fecha de 1811, cuando el proceso independentista estaba iniciándose.

El siguiente capítulo está dedicado al pensamiento de José Manuel Vadillo, que en sus *Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sur* (1829) ofrece ante todo una justificación de su política durante el Trienio Liberal (1820-1823). Por ello debiera considerarse el primer texto realmente poscolonial analizado en el libro reseñado, al menos en parte pues si bien se han independizado las posesiones continentales, España conservó sus dominios en el Caribe, el Pacífico y África. Sin embargo, el de Vadillo no es un planteamiento o reformulación de los vínculos rotos con América sino lo que Herrera Guillén describe como «historia de una culpa», es decir, un juicio de la independencia señalando los culpables de la ruptura desde una visión peninsular-iberocentrista. Para el autor esta es la importancia fundamental del pensamiento de Vadillo, pues como especifica «el iberocentrismo fue un factor decisivo en el liberalismo español», el cual llenó de incongruencias la visión reduccionista de los constitucionalistas peninsulares. Vadillo señala estas incongruencias, pero las considera como clave en su diagnóstico. Su intención fundamental es planificar una política imperial futura de España que superase los problemas del pasado, de manera que no es un auténtico pensamiento poscolonial.

El capítulo octavo está dedicado al pensamiento de Juan Valera, el cual Herrera Guillén considera la primera interpretación verdaderamente global de la relación entre España y América, aunque con restos de ibero-centrismo. Para ello sitúa una parte importante de sus reflexiones en la idea de un gran espacio cultural hispánico. Varela denuncia además como otra de las cuestiones claves la indiferencia de las élites culturales respecto a América en el XIX, algo que en mi opinión tristemente sigue vigente. Según Varela la única posibilidad para España era (y creo que debe seguir siendo) la relación de igualdad cultural con América superando cualquier deseo de preeminencia iberocentrista. Es muy interesante la reflexión de Herrera Guillén de que la obra del escritor andaluz sirvió para mostrar que el problema de la relación con América precedió al problema de la conciencia de identidad española, y en mi opinión podrían estar interrelacionados.

El libro se cierra con un capítulo dedicado al granadino Ángel Gani-vet. Este autor tomó conciencia de que el inminente proceso descolonizador hispano sería un antecedente para una Europa que aun se encontraba

en el momento de su mayor expansión colonial. Claramente se anticipó a los postulados poscoloniales, principalmente anglosajones. Consciente de la realidad imperial española y proponiendo una solución confederal para mantener un vínculo con las últimas posesiones, comprendió que el colonialismo de las potencias europeas cometía los mismos errores que ya se habían realizado en España y que habían acabado por destruirla como nación. Como señala Herrera Guillén, «era la primera denuncia poscolonial en Europa». El estudio nos indica que hubo una posibilidad de auténtico pensamiento poscolonial en España, aunque se concretó realmente en muy escasos pero significativos ejemplos.

Para cerrar me gustaría volver al capítulo introductorio, pues solo teniendo clara la intención del autor adquiere verdadero valor su planteamiento teórico-crítico sobre el imperialismo español. Herrera Guillén entra de lleno en este debate actual, muy turbio y contaminado con diferentes intereses políticos presentes. Se agradece que el autor ofrezca una perspectiva global a la tan manida Leyenda Negra, pues según él Europa (Occidente diría yo) focalizó sobre España toda la culpa de los excesos coloniales. De manera que la supuesta deuda moral de España sería de toda la modernidad occidental, es aquí donde se concreta su propuesta conceptual de la existencia de una «Ib-Euro-América». Se me hace corto este capítulo introductorio, aunque esperemos que Herrera Guillén profundice en este sentido en trabajos posteriores.

Por todo lo expuesto, así como por numerosas cuestiones más que no hemos sabido incluir en esta reseña, estamos ante una obra muy interesante que hace unas aportaciones muy necesarias al actual debate historiográfico sobre el pasado colonial español.—SIGFRIDO VÁZQUEZ CIENFUEGOS, Universidad de Extremadura.

Jiménez Abollado, Francisco Luis, *Entre ríos, pantanos y sierra. Marginalidad y subsistencia en la provincia de Tabasco (1517-1625)*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla (Colección Americana, 56), 2015, 373 pp.

Esta nueva obra del profesor Francisco Luis Jiménez Abollado (Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México), desde el marco historiográfico de la historia regional, aborda y analiza en profundidad la historia

de una de las demarcaciones fronterizas del virreinato de la Nueva España en un arco cronológico comprendido entre los albores de la conquista hispana del territorio (1517) y el año 1625. No olvidando la importante cuestión de la etapa prehispánica de la zona que también recibe un cuidadoso tratamiento.

Jiménez Abollado, partiendo de la historiografía existente, profundiza con éxito en el tema elegido, aportando además abundantes fuentes documentales hasta ahora inéditas procedentes de diferentes repositorios españoles y mexicanos: Archivo General de Indias (Sevilla), Archivo General de la Nación (México), Archivo de Notarías de México, Biblioteca Nacional de México y Archivo Histórico y Fotográfico de Tabasco (Villahermosa, México).

La división en siete amplios capítulos permite al autor ir desgranando sus argumentos, que quedan muy bien presentados y elaborados: el contexto geográfico tabasqueño, la región en época prehispánica, la conquista en sus diferentes fases, la bien tratada cuestión poblacional desde la etapa previa al contacto hasta la tercera década del siglo XVII, la economía, la sociedad hispana y el proceso evangelizador, son algunos de los temas abordados.

Mayas chontales, zoques y algunos enclaves nahuas dispersos por el interior y la costa tabasqueña formaban el mosaico de las poblaciones indígenas de la región que se analizan en el capítulo I, «El escenario», donde se muestra la importancia de aunar los estudios históricos con el marco geográfico (Chontalpa, Sierra y Ríos) para mostrar la interacción entre ambos. El capítulo se completa con un apartado dedicado a la geografía de Tabasco a través de sus primeros cronistas.

El capítulo II, «Los pueblos de Tabasco», acomete el análisis de los asentamientos indígenas prehispánicos, su forma de organización estatal en señoríos y cacicazgos, las actividades económicas (agricultura, caza, pesca, recolección...), el comercio y las rutas comerciales de larga y corta distancia y las mercancías intercambiadas.

El capítulo III, «Conquista y cambios (1517-1540)», aborda el proceso del contacto. Como indica el autor, las «expediciones de Francisco Hernández de Córdoba (1517) y de Juan de Grijalva (1518) descubrieron a los ojos de los castellanos estas tierras y precedieron al viaje de Hernán Cortés a la conquista de México (1519)» (p. 79). Aunque con el tiempo la región de Tabasco pasó a una situación secundaria en el contexto del virreinato, en estos primeros momentos se convirtió en la base de apoyo a la conquista de la península de Yucatán (1537-1540). La región sufrió

diversas adscripciones jurisdiccionales pasando, por épocas, a depender de la Audiencia de Guatemala o de los Confines, de la de México y de la gobernación de Yucatán.

Para abordar el contenido del capítulo IV, «La población: indios y españoles», y ante la ausencia de censos indígenas para los siglos XVI y XVII, Jiménez Abollado ha recurrido a otras fuentes documentales alternativas tales como las tasaciones, donde se refleja el número de tributarios a la Corona o a los encomenderos; los informes eclesiásticos tales como «memoriales» y «cartas» de obispos dirigidos a las autoridades novohispanas o a las peninsulares; la «Relación de la Villa de Santa María de la Victoria» y la «Relación de la Provincia de Tabasco», ambas de la segunda mitad del siglo XVI; y la correspondencia mantenida por las autoridades locales y provinciales con las metropolitanas. Unas fuentes que le han permitido ahondar no solo en la cuestión poblacional indígena y en su evolución durante el periodo histórico objeto de estudio, sino también en la de la población española y la afrodescendiente.

El capítulo V, «Economía en la Nueva España meridional», estudia los medios y recursos de la provincia de Tabasco, apuntando además algunas de las consecuencias que la conquista supuso en el sistema económico prehispánico. La población española fue siempre escasa y la explotación de la tierra, la introducción de la ganadería y la práctica del comercio local, regional e interregional se convirtieron en su principal sustento. Productos como el cacao, tan importantes en el pasado, continuaron siéndolo para los españoles allí asentados, que lo incorporaron a su dieta y su universo económico al utilizarlo además como moneda.

En el capítulo VI, «El sistema de encomiendas en la provincia de Tabasco», y apoyado en una profusa utilización de fuentes documentales, comprobamos como la implantación de las encomiendas se produjo a partir del primer repartimiento iniciado en 1522 por Gonzalo de Sandoval. Resulta muy detallado el espacio dedicado a ver el desarrollo del sistema, el impacto de la aplicación de las *Leyes Nuevas* (1542), el número y tamaño de las encomiendas, la cuestión del tributo indígena y el tema del maltrato infringido por los encomenderos y colonos a los indígenas tabasqueños.

El capítulo VII, «Consolidación del orden colonial en una sociedad marginal», muestra cómo la vida hispana se vehiculó en torno a la Villa de Santa María de la Victoria, fundada en 1525. Tratándose además de temas tales como su progresivo deterioro, los órganos del gobierno municipal con que fue dotada, el papel que en el mismo jugó la poderosa familia Montejo,

y su evolución demográfica. Cierra el capítulo un recorrido por la organización eclesiástica tabasqueña (dependiente, según las épocas, del obispado de Yucatán y del de Chiapas) y un muy interesante apartado dedicado a las idolatrías.

Muy atractiva resulta igualmente la inclusión de mapas, cuadros y gráficos preparados específicamente para esta investigación (siete mapas, siete cuadros y cuatro gráficos que son referenciados en índices específicos al final del volumen). Se enriquece además la obra con un oportuno apéndice documental donde se transcriben seis documentos procedentes del Archivo General de Indias.

En definitiva, el volumen analiza el «complejo proceso de *aculturación*» por el que surgió la sociedad tabasqueña tras la conquista. Como señala el autor: «El propósito de esta obra ha sido advertir, conocer y evaluar el proceso de contacto cultural y cambio que se produjo en una región marginal (en un área de frontera), como fue la provincia de Tabasco durante su primer siglo de vida colonial» (p. 325). Habiendo sido su objetivo «poner de manifiesto el estado de marginalidad, olvido y relego que vivió la provincia de Tabasco, y cómo ello afectó a todos los ámbitos y aspectos de la vida, desde el poder político y administrativo hasta los intereses estratégicos o las actividades comerciales y económicas» (p. 23).

Por todo lo expuesto, así como por el amplio conocimiento y manejo de fuentes documentales y de bibliografía especializada, consideramos que la obra es ya una referencia fundamental para conocer la historia de la región novohispana de Tabasco.—MIGUEL LUQUE TALAVÁN, Universidad Complutense de Madrid.

Rodas Estrada, Juan Haroldo; Salazar Simarro, Nuria; Paniagua Pérez, Jesús (coords.), *El tesoro del lugar florido. Estudios sobre la plata iberoamericana. Siglos XVI-XIX*, [León], Ediciones El Forastero, 2017, 614 pp., ilust.

Detrás un sugerente título que evoca la pluma de Miguel Ángel Asturias, el hilo conductor de esta obra colectiva es el estudio de la plata iberoamericana, desde la minería hasta la platería.

Las colaboraciones se agrupan en cinco apartados que definen las líneas temáticas consideradas en cada uno. El primero, dedicado al «Comercio,

transporte e intercambio», se abre con el aporte de Antonio Joaquín Santos Márquez que destaca, a través del análisis de la rica y siempre útil documentación del Archivo de Protocolos de Sevilla, el camino de ida y vuelta de la plata en el tráfico comercial atlántico. El estudio destaca algunas piezas enviadas desde España, entre ella una cruz destinada a la iglesia mayor de Santo Domingo que da a conocer, y pone de relieve el protagonismo de los plateros sevillanos.

Carmen Heredia Moreno ahonda en el transporte e intercambio de obras artísticas entre la península y Nueva España a partir del examen de los Libros de Registros de las flotas de venida de Nueva España (1621-1629). Su análisis aporta información singular sobre los objetos registrados, de gran interés para conocer mejor el valor que se les concedía, así como su distribución en la geografía peninsular.

Por su parte, Raúl Bringas Nostti se ocupa de la presencia y huella de la plata novohispana en el mercado estadounidense, sobre todo en las monedas acuñadas en la ciudad de México, llamadas dólares por los estadounidenses y que se encuentran en las bases de su sistema monetario.

Cierra este bloque el trabajo de Alma Parra Campos sobre las nuevas rutas del mercurio y la instauración del monopolio Rothschild, que a partir de 1834 supuso una reorganización de la distribución y la consolidación de nuevas estructuras y redes. La autora destaca su estrategia y entramado en España, fundamentalmente en Andalucía, para proveer el mercado mexicano.

En el segundo eje de la obra, dedicado a «Tratados, influencias y productos», Ana Cristina Sousa, a partir de la iconografía de la Misa de san Gregorio, ampliamente difundida en Europa y divulgada en el Nuevo Mundo, hace una interesante lectura de la presencia de los metales en altares de los siglos XV y XVI. Ello le permite ahondar en las representaciones formales y simbólicas, de gran interés para interpretar informaciones de la documentación coetánea.

Letizia Arbeteta Mira detiene su mirada en un inédito códice del Museo del Prado a partir del cual ofrece una interesante lectura de los donantes americanos y las joyas de Nuestra Señora de Guadalupe (Cáceres), cotejada con el conocido Códice 83 del Archivo del Real Monasterio de Guadalupe en el que se representan las piezas que formaron parte del joyero de la imagen titular. El análisis del manuscrito del Museo del Prado lleva a la autora a señalar que la donación del conocido como exvoto de Hernán Cortés no puede ser atribuida al conquistador de México.

José Andrés de Leo Martínez centra su colaboración en comprobar la aplicación del tratado *Varia conmensuración de la arquitectura y piezas de la iglesia*, de Juan de Arfe y Villafañe, en la platería novohispana. El estudio de varias cruces procesionales, alguna inédita, arroja sus primeras conclusiones, entre ellas la posibilidad de producciones seriadas en algunos talleres dirigidas a un consumidor impersonal.

El análisis de los tratados sobre el ensaye de Arfe, García Caballero y Muñoz de Amador, utilizados por mineros, orfebres, marcadores y fieles contrastes en el siglo XVIII, es el objetivo de la contribución de Alicia Cordero Herrera. Además de las ediciones de las obras de los autores mencionados, son motivo de atención las técnicas y procedimientos recogidos en cada una, aportando en el examen afinidades, diferencias y destacando su importancia en la capacitación de los diferentes oficios.

El bloque dedicado a «Personajes, minas y tecnología» recupera trayectorias personales e innovaciones técnicas en el tratamiento de los metales. Nuria Salazar Simarro resalta la actuación de Juan Luys de Rivera, tesorero de la Casa de Moneda de México entre 1584 y 1606, al tiempo que abre una interesante línea de estudio sobre quiénes desempeñaron ese cargo, cómo accedieron a él y sus competencias.

La colaboración de Jesús Paniagua Pérez se centra en la minería mítica y fantástica recuperada a partir de la obra *Ophir de España* de Fernando de Montesinos. En ella pone de manifiesto la falta de realismo del autor, las fantasías en las que incurre y la identificación de lugares, riquezas y personajes de la Sagrada Escritura con todo lo que tenía relación con el Nuevo Mundo.

El capítulo que firman Alexis Abraham Almazán Salgado y Patricia Isaura Santiago Delgado analiza la progresión de José de la Borda y la formación de su fortuna en el centro minero de Taxco y posteriormente en Tlalpujahua, base económica que le permitió iniciar la construcción de la iglesia de Santa Prisca en Taxco y desarrollar estrategias para conservar la fortuna familiar.

La contribución de Elena Díaz Miranda desgrana la testamentaria de Pedro Romero de Terreros, primer conde de Regla, uno de los personajes más ricos e influyentes en Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII novohispano, que construyó su fortuna con la minería de la plata, habilidad en las inversiones y en las relaciones públicas.

De la aplicación de las innovaciones tecnológicas en el mineral novohispano de Angangueo trata el artículo de José Alfredo Uribe Salas. El

autor destaca la convivencia, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, de métodos como el de patio y fundición junto con otros experimentales de la mano de técnicos alemanes y de la Compañía Alemana de Minas.

El trabajo de Alejandro González Milea trata de las técnicas de construcción de hornos, refinadoras y galemes que se emplearon en el siglo XIX para la fundición de plomo argentífero. El análisis se realiza a partir de tres interesantes estudios de caso, todos ellos en México: la hacienda de Nuestra Señora del Rosario de Bonanza (Zacatecas), la fundición El Progreso (Monterrey) y las minas de Sierra Mojada (Coahuila).

El cuarto apartado de la obra, bajo el epígrafe «Plata, plateros y modelos», reúne seis trabajos que consideran diferentes ámbitos geográficos a ambos lados del Atlántico. María Jesús Sanz Serrano, a partir de la selección de una pieza —el cáliz— analiza las diferencias que se advierten en la estructura y decoración de esta pieza en la platería mexicana y guatemalteca.

Jesús Pérez Morera destaca la filigrana como uno de los signos de identidad de la platería americana y, en particular, de la cubana de los siglos XVI-XVII. Su estudio contribuye, a partir de la documentación de diferentes piezas, a su sistematización formal y a señalar las diferencias con otras producciones, fundamentalmente en Centroamérica y México.

La colaboración de Ricardo Cruzaley Herrera y Juan Carlos Ochoa Celestino sobre la platería en Guadalajara (Nueva Galicia) da a conocer tres importantes piezas de carácter religioso (cálices) del siglo XVI, sus autores, marcas de localidad y principales rasgos formales.

Marta Fajardo de Rueda desvela los encargos que hizo el arzobispo Xavier de Aráus para la catedral de Santa Fe. Las peticiones del prelado permiten a la autora considerar también el trabajo de plateros foráneos de Quito (Sebastián Vinuesa) y Lima (Francisco de los Reyes), responsables de la ejecución de las piezas solicitadas en 1763.

La platería existente en el Antiguo Colegio Jesuita Noviciado de Tepotzotlan vertebra el análisis que ofrece Alma Montero Alarcón. A partir de documentación inédita la autora rescata el inventario de piezas de plata que había en las diferentes dependencias del Colegio y sigue la pista de su destino después de la expulsión de la Compañía de Jesús.

De la actividad en la Nueva España del orfebre Antonio Recarey y Caamaño da cuenta la contribución de María Cristina Soriano Valdez e Iván Denísovich Alcántar Terán. Además de considerar su relación con Manuel Tolsá analizan algunas de sus obras, entre ellas las realizadas para la catedral de Puebla.

El último bloque temático de la obra está dedicado a «La plata y el poder», interesante perspectiva de análisis. Álvaro Recio Mir se fija en el aspecto suntuario de los carruajes barrocos en España y Nueva España, en las guarniciones de oro y plata, los adornos con tela y los uniformes de cocheros y lacayos.

María Jesús Mejías Álvarez analiza la relación atlántica de poder y devoción entre Quito y Vélez-Málaga a partir de la donación que en 1783 hizo Juan José de Villalengua y Marfil, presidente de la Audiencia de Quito, a la iglesia de San Juan Bautista de su localidad natal.

Por último, la colaboración de Juan Manuel Blanco Sosa se centra en las medallas de tipo premial *Al mérito* y *Fidelidad* a Carlos IV y *En Premio de la Fidelidad* a Fernando VII, especialmente en las elaboradas por Francisco Gordillo, grabador principal de la Casa de Moneda de México desde 1801.

Entre los méritos de esta obra colectiva, sin duda de notable interés para los estudiosos de los metales y las piedras preciosas en el mundo iberoamericano, hay que destacar que es un punto de encuentro interdisciplinar e interinstitucional que los coordinadores han fomentado desde hace años a ambos lados del Atlántico, como prueba esta obra y las que sobre la misma temática le han precedido.—MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ, Universidad de Valladolid.

Saucedo Lastra, Fernando, *México en la obra de Roberto Bolaño. Memoria y territorio*, Madrid-México DF, Iberoamericana-Bonilla Artigas Editores, 2015, 208 pp.

Pocos escritores han conseguido levantar tal nivel de expectación en los últimos años como Roberto Bolaño, cuya producción póstuma daría no para una reseña, sino para una monografía de largo alcance que está por hacer, a tenor de la inusitada cantidad de manuscritos que dejó guardados o archivados y que parecen abarcar todos los palos de la creación, convirtiéndolo en una figura central de la narrativa hispanoamericana de comienzos del presente siglo. Por ello, a tenor de lo visto en los últimos años —cinco novelas póstumas y varios libros de cuentos y ensayos— parece imposible abarcar la obra completa del escritor chileno, entre otras razones porque, según parece, todavía hoy quedan manuscritos por expurgar y limpiar para

disfrute de sus lectores más incondicionales y estupor de los más críticos, que no ven con buenos ojos la publicación y comercialización de obras que son solo apuntes o proyectos literarios inacabados. En este sentido, el libro publicado por Fernando Saucedo Lastra no pretende ser, en modo alguno, abarcador ni totalizador, sino un primer acercamiento a un tema tan sugerente como necesario: la relación de México con el narrador chileno desde sus orígenes como escritor hasta la monumental *2666* (2004).

El libro que reseñamos, concebido con una clara intención didáctica y pedagógica, nace de un vacío bibliográfico un tanto extraño que ha pasado por alto la presencia de México en la producción literaria de Bolaño, sobre todo si se tiene en cuenta que los estudios sobre su obra se han multiplicado de manera exponencial por los cuatro confines del panhispanismo, alcanzando niveles que rozan la hipérbole bibliográfica. La obra de Saucedo está dividida en cuatro capítulos, de los cuales los dos primeros son acercamientos a la biografía del escritor: «La relación de Roberto Bolaño con México» y «México en la obra de Roberto Bolaño. 1980-1997». Los dos últimos —«El espacio dividido: la ciudad y el desierto en *Los detectives salvajes*» y «El retorno al origen y permanencia del mal: *2666*»— centran su análisis en las dos obras mayores de Bolaño, aunque, dada la magnitud temática y argumental de las dos novelas, el análisis queda reducido inevitablemente a un primer acercamiento necesario para futuras investigaciones.

Como dijo el escritor en numerosas ocasiones, México es fundamental en su formación literaria, y España en todo lo referente a su formación personal y sentimental. Su llegada al país azteca se produce en una fecha simbólica, 1968, siendo apenas un adolescente de quince años, en lo que fue una segunda oportunidad para sus padres. Es un momento verdaderamente conflictivo y complejo, con la celebración de las olimpiadas, la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz y la matanza de Tlatelolco, referencias que aparecerán en sus novelas y relatos. Son años de grandes amistades y lecturas, como las que le proporciona Mario Santiago, quien lo puso en contacto con el grupo de poetas rebeldes del taller de Difusión Cultural de la UNAM, que más tarde formaría el núcleo del *infrarrealismo*, integrado por el propio Mario Santiago, Ramón Méndez y Héctor Apolinar, quienes toman su nombre de un texto de ciencia ficción del escritor ruso Georgij Gurevic. De su paso por este movimiento le queda a Bolaño una mirada solidaria y empática sobre toda literatura marginada y marginal, la visión de la literatura como provocación y el rechazo frontal a cualquier adscripción política de la obra, aunque esta, en sí misma, mantiene una posición

de compromiso con la realidad. Lector voraz de los mexicanos, volvió una y otra vez a figuras como José Juan Tablada, Julio Torri, Alfonso Reyes, los estridentistas, Ramón López Velarde, Juan Rulfo, Efraín Huerta, Carlos Fuentes u Octavio Paz, al que retrata en *Pista de hielo* o *Los detectives salvajes* como un personaje absolutamente engolado y con una pedantería insoportable. Si para Bolaño Chile es el país de la infancia, de la primera memoria sentimental, México es el territorio inconmensurable de la adolescencia y de la primera juventud. Un país que llenó de fantasmas su imaginario y al que nunca volvería. Eso no ha sido impedimento para que Juan Villoro considere a Bolaño como un escritor perteneciente al canon de la literatura mexicana, considerando a *Los detectives salvajes* (1998) como la novela más importante escrita por un extranjero sobre su país después de *Bajo el volcán* (1949) de Malcolm Lowry.

Fernando Saucedo rastrea con intensidad en las obras primeras de Bolaño, donde nunca faltan los mexicanos misteriosos, violentos, claramente desequilibrados, dominados por una fuerza destructiva que será desarrollada en sus novelas posteriores. La mayor parte de las referencias a México tiene que ver con su capital, especialmente el centro histórico, con alusiones al norte, como las aparecidas en algunos relatos. El norte para Bolaño es el desierto, la desolación, la muerte, una tierra sin ley, sin justicia, simbolizada en ese territorio siniestro llamado Santa Teresa, «metáfora del horror y el mal en el siglo XX» como la ha definido el escritor boliviano Edmundo Paz Soldán. México y lo mexicano tienen un lugar preferente —como ha analizado Saucedo— en *Los detectives salvajes*, novela torrencial, oceánica, considerada por Juan Villoro como una «marea de historias». A través de una multiplicidad de tramas y subtramas reconstruye la suerte de Ulises Lima, mexicano, y Arturo Belano, chileno, líderes de la vanguardia poética mexicana, el llamado «real visceralismo», quienes durante veinte años llevan a cabo una búsqueda de una poeta estridentista, Cesárea Tinajero, perdida en algún lugar de la geografía mexicana. La novela consta de tres partes: la primera, «Mexicanos perdidos en México», corresponde con el diario de Juan García Madero, que abarca de noviembre a diciembre de 1975 en una narración lineal; la segunda, «Los detectives salvajes», presenta una multiplicidad de cincuenta y dos voces-personajes que hablan, se contradicen, superponen discursos, aparecen y desaparecen, conformando veintiséis capítulos, secciones o bloques que amplían la horquilla cronológica desde enero de 1976 a diciembre de 1996; la tercera, «Los desiertos de Sonora», retoma los diarios de Juan García Madero,

desde el primero de enero al 13 de febrero de 1976, en donde cuenta el viaje que emprenden Ulises Lima, Arturo Belano y Lupe, una joven prostituta que huye del amante de esta, mientras buscan a la poeta desaparecida. En la primera parte aparece México DF con toda su fascinación, ciudad abierta y peligrosa, hervidero cultural y artístico con mil ramificaciones. Poco a poco la ciudad va perdiendo materialidad para convertirse en una entidad onírica, un espacio fantasmagórico y amenazante.

En cierto sentido México DF es vista como una ciudad saturada de peligros, en permanente tensión con fuerzas apocalípticas —tornados, huracanes, maremotos, incendios— que tratan de borrarla del mapa, como si el desastre y la distopía fueran inminentes, lo que permite a Saucedo relacionar esta novela con otros referentes como *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal o *La región más transparente* de Carlos Fuentes. Frente al frenesí de la ciudad de México, abigarrada y saturada de gente, el desierto representa el vacío, un mundo extraño y amenazante, donde todo parece estar contra el hombre: los animales, los insectos, la vegetación, el clima. Ambos espacios, ciudad y desierto, son vistos y analizados como auténticos laberintos, uno desde la multitud, el ruido y la heterogeneidad y el otro desde el silencio, la soledad y la homogeneidad.

El último capítulo del libro reseñado viene a completar este eje temático con un primer acercamiento a 2666 (2004), novela póstuma, monumental, inabarcable en muchos sentidos, en parte por la decisión —posiblemente acertada— de su editor, Jorge Herralde, y de su albacea testamentario, el crítico Ignacio Echeverría, de publicarla al completo, unificando en un solo volumen lo que debía ser una secuencia de cinco novelas. De hecho, los cinco libros han sido reconvertidos en las cinco «partes» que no terminan de estar bien entrelazadas entre sí, debido a ese carácter autónomo en su elaboración, y, sobre todo, porque como se ha demostrado con otros manuscritos publicados de forma póstuma —especialmente *Los sinsabores del verdadero policía* (2011)— 2666 era, en el momento del fallecimiento de Bolaño (2003), una obra inacabada, un *work in progress*. De hecho, cada una de las partes tiene sus propios personajes, su estilo, su cronología y sus recursos literarios, aunque sobre la totalidad de la obra parece planear una doble obsesión: la búsqueda del escritor alemán Benno von Archimboldi y la muerte violenta de mujeres en Santa Teresa, trasunto de Ciudad Juárez.

Es evidente que este proyecto único en las letras hispanoamericanas, cuyas dimensiones resultan abrumadoras y, en cierto sentido, colosales, está lleno de riesgos en su propia concepción, idea que parece formar parte

de toda una poética del escritor chileno, quien concibió desde siempre la ficción como un acto de peligroso funambulismo, como recogía en su obra *Entre paréntesis* (2004), donde sostiene que toda escritura de calidad consiste en «saber meter la cabeza en lo oscuro, saber saltar al vacío, saber que la literatura básicamente es un oficio peligroso. Correr por el borde del precipicio: a un lado el abismo sin fondo» (citado por Saucedo en p. 161). De alguna manera, *2666* nos sumerge en un mundo abisal y abyecto, una nueva pangea literaria del horror y la infamia, que se ramifica hasta lo inabarcable en centenares de subtramas que se entrecruzan, formando una verdadera constelación argumental donde puntean centenares de motivos siniestros que golpean la sensibilidad del lector. Cualquier análisis de la obra está sujeto de antemano a las arbitrariedades de la simplificación temática, o al desenfoque de la verdadera naturaleza de la obra, por eso resulta especialmente clarificador el análisis propuesto por Fernando Saucedo, tomando como vector central de su investigación la presencia de México y lo mexicano entre los centenares de páginas que conforman la novela. De esta forma se alcanza una lectura de conjunto que sirve para aclarar y dar sentido a algunos de los mayores interrogantes compositivos de esa obra, como es el carácter complementario de los capítulos 1.º y 5.º, titulados respectivamente «La parte de los críticos» y «La parte de Archimboldi». Si en el primero de ellos se plantea la búsqueda de un misterioso escritor alemán, nacido en 1920, llamado Hans Reiter, conocido por un extraño pseudónimo, Benno von Archimboldi, quien supuestamente se ha trasladado a México, a la frontera con EEUU, en un momento en el que comienza a filtrarse en la narración la muerte indiscriminada de mujeres en Santa Teresa; en el segundo se cuenta, parcialmente, la historia de Lotte Reiter, hermana de Archimboldi, quien continuamente viaja a este enclave siniestro, a visitar a su hijo preso, Klaus Haas, acusado de ser el asesino de las mujeres. Según esta lectura complementaria, llegamos a desentrañar uno de los grandes enigmas de la novela: las razones por las que Archimboldi viajó al México más peligroso, a pesar de su condición de octogenario.

Del análisis que lleva a cabo de las partes centrales de la novela, capítulos 2.º («La parte de Amalfitano»), 3.º («La parte de Fate») y 4.º («La parte de los crímenes»), se desprende un grado considerable de cohesión temática a partir de la violencia tremenda ejercida contra las mujeres mexicanas, especialmente las que viven y trabajan en la frontera. En cierto sentido, las partes 2.ª y 3.ª preparan al lector para sumergirlo en un mundo terrible, dominado por el mal, la violencia y la locura, visible en la vida quebrada

del profesor Óscar Amalfitano, con el rumbo perdido después de ser abandonado por su mujer, quien cuelga libros de geografía en los cordeles de la ropa y oye voces que lo interrogan y le hablan de los crímenes cometidos a pocos metros de donde vive con su hija. Saucedo subraya con gran tino las relaciones que existen entre la locura de Amalfitano y las señales inquietantes de todo cuanto le rodea: el sabor del agua, el color de la tierra, las formaciones graníticas del desierto, el cielo morado o el paisaje desolador, con trazas apocalípticas. De gran acierto es el análisis que en la tercera parte hace del periodista negro Quincey Williams, más conocido como Oscar Fate, con quien Bolaño tiene la tentación de denunciar los crímenes horribles cometidos en Santa Teresa, adonde acude como corresponsal para cubrir un combate de boxeo. El mundo que retrata Bolaño es irreal, fantasmal, al tiempo que revela la pobreza extrema del México fronterizo. Como si la frontera fuera una herida que crece de forma imparable, en esta parte ya hay una información detallada de las maquiladoras que aparecen muertas, descuartizadas, violadas, y sus cuerpos en posiciones imposibles en el desierto, en un mundo que parece saturado por la muerte y que constituye, claramente, el reverso de la modernidad. De hecho, para Fate, Santa Teresa está «a mitad de camino entre un cementerio olvidado y un basurero». Saucedo considera que la mirada de Bolaño sobre la realidad mexicana de la frontera resulta descarnada y para ello describe a sus pobladores como «Extraños, oscuros, explosivos mexicanos cargados de una fuerza amenazante, destructiva y autodestructiva, golpeadores y violadores de mujeres; cobardes, insensibles o indiferentes frente al espectáculo de la violencia» (p. 159).

«La parte de los crímenes» resulta espeluznante por el asesinato (¿ritual?) de mujeres y niñas en Santa Teresa, lo que convertiría a México en un inmenso cementerio, idea prefigurada en el número-fecha 2666, al que el autor reseñado trata de dar una explicación más que plausible (p. 132), fijando además las tres grandes líneas argumentales de esta parte central de la novela, entre las que cabe destacar la presencia del periodista Sergio González, autor de *Huesos en el desierto*, el retrato sórdido de Klaus Hass, principal sospechoso de los crímenes, o la historia de amor entre el policía Juan de Dios Martínez y Elvira Campos, la directora del manicomio de Santa Teresa. Como señala Saucedo, uno de los grandes logros estilísticos de esta parte ha sido la apropiación del lenguaje lacónico del informe policial y de la terminología médica para recrear las circunstancias de una violencia inusitada que acabó con la vida de ciento diez mujeres. De esta

manera, México aparece en 2666 como una inmensa distopía, un lugar desolado en donde quedan impunes los criminales, los violadores, los sicarios, los corruptos, todos aquellos que de alguna manera han sido cómplices de esta barbarie bautizada como *feminicidio*.

En resumidas cuentas, el libro de Fernando Saucedo resulta tan didáctico como útil para un primer acercamiento al complejo mundo narrativo de Roberto Bolaño y constituye una aportación importante a la bibliografía del escritor chileno.—JOSÉ MANUEL CAMACHO DELGADO, Universidad de Sevilla.

Valle Pavón, Guillermina del, *Donativos, préstamos y privilegios. Los mercaderes y mineros de la ciudad de México durante la guerra anglo-española de 1779-1783*, México, Instituto Mora, 2016, 227 pp.

El papel de las élites regionales en la política de la monarquía hispánica es, desde hace algún tiempo, una parcela pujante en la discusión historiográfica. Para reparar en ese fenómeno, es necesario prestar atención a la actuación de corporaciones como la de comerciantes de México. Una temática en la que desde hace años se maneja con mucha solvencia Guillermina del Valle Pavón. Su libro *Donativos, préstamos y privilegios. Los mercaderes y mineros de la Ciudad de México durante la guerra anglo-española de 1779-1783*, que centra nuestra atención aquí, muestra con acierto cómo el análisis del financiamiento de las campañas militares permite vislumbrar espacios de negociación entre las élites y la Corona. Así, durante los años que preceden a la alianza entre la monarquía hispánica y Francia (1779) y los del conflicto bélico con Gran Bretaña, se aprecia cómo las apremiantes necesidades económicas de la Corona brindaron a los ricos comerciantes y mineros, organizados en corporaciones o de forma individual, la oportunidad de obtener ciertos privilegios y ventajas a cambio de su apoyo financiero.

La demanda de fondos en el virreinato de Nueva España para soportar los gastos bélicos en el conflicto anglo-español, es una cuestión conocida. Varios autores han reparado, desde un punto de vista cuantitativo, en los ingresos del erario virreinal por donativos y préstamos durante esa guerra. Al respecto, hay que señalar que el valor del libro que reseñamos está en que pone el acento en los hombres y sus relaciones, así como en las

dinámicas de negociación. De este modo, la autora logra trenzar lúcida-mente la historia económica con la historia política y la historia social, e inserta el fenómeno de la extracción de recursos extraordinarios del virreinato novohispano en el seno de las relaciones establecidas entre el monarca y sus vasallos.

La obra se sostiene en una extensa investigación que abarca la consulta de diferentes archivos y la utilización de fuentes documentales de naturaleza diversa, y que además se nutre de un conjunto bibliográfico importante, donde no faltan los aportes historiográficos más recientes. En este sentido, resulta importante resaltar la disposición para observar a Nueva España como eje articulador de la circulación de mercancías europeas y asiáticas, ya que aporta resultados muy interesantes para la discusión historiográfica.

El libro se divide en tres capítulos que, si bien tienen como trasfondo común la guerra anglo-española y las prácticas de negociación mencionadas, se pueden leer de forma independiente. El apoyo económico de las élites mercantil y minera a la Corona en forma de donativos para fortalecer las fuerzas navales hispanas en el Caribe, primero, y financiar la guerra, después, es el tema central del primer capítulo. En él son especialmente interesantes las páginas dedicadas al «fondo secreto» que el Consulado había acumulado como remanente del cobro de las alcabalas y que superaba el millón de pesos. Guillermina del Valle nos desvela la trascendencia que tuvo el descubrimiento de ese cuantioso fondo, a raíz de una denuncia de malversación de capitales. El hallazgo de ese capital evidenció la capacidad financiera del cuerpo mercantil y permitió a las autoridades, en 1776, obtener un donativo de 300.000 pesos de esa corporación para la construcción de buques de guerra. A su vez, esa elevada dádiva forzó al gremio de mineros a contribuir con la misma cantidad a pesar de que su situación económica era más delicada. Para entender mejor este último donativo, la autora también presta atención a la creación del Tribunal de Minería y explica cómo la negociación de la aportación de los mineros fue decisiva para su agrupación en una corporación privilegiada como la de mercaderes.

Estos no fueron los únicos donativos de ambos grupos, pues una vez iniciada la guerra la Corona requirió más capitales para afrontar sus necesidades. De este modo, grandes sumas de dinero, que podían haber activado y fortalecido la economía del virreinato, fueron destinadas a financiar la política bélica de la monarquía. No obstante, como esboza Guillermina del

Valle, la donación de remesas por parte de los acaudalados comerciantes y mineros fue correspondida con importantes contraprestaciones. En concreto, puede pensarse en el citado establecimiento del gremio de mineros con jurisdicción privativa, en la indulgencia ante la posible irregularidad en el manejo de recursos reales por el Consulado, en la obtención de títulos nobiliarios o en las licencias comerciales otorgadas en esos momentos.

Los permisos comerciales concedidos a algunos mercaderes que desarrollaban su actividad en el Pacífico forman parte de la temática del segundo capítulo. Este se centra en el desarrollo del tráfico comercial en el Mar del Sur a raíz de la coyuntura bélica que perturbaba las rutas marítimas del Atlántico. Las autoridades, para evitar el desabastecimiento de América, permitieron el libre comercio en el Pacífico hispanoamericano. Eso benefició la comercialización del cacao de Guayaquil, que fue intercambiado por mercancías asiáticas y europeas. Asimismo, de forma ilícita, en esos intercambios debió estar presente la plata peruana. A través del estudio de caso, la autora aprecia los beneficios que algunos comerciantes obtuvieron de esa situación. Así, pone el foco en las transacciones realizadas por Ignacio de Yraeta e Isidro Antonio de Icaza y en las relaciones de negocios y personales que hilaron con otros comerciantes y con las propias autoridades. De estas últimas recibieron concesiones que, según hipótesis de la autora, pudieron derivarse de las negociaciones de los suplementos o préstamos gratuitos concedidos al virrey por ricos comerciantes como Yraeta.

El tercer y último capítulo está dedicado al estudio de los suplementos y empréstitos solicitados por el virrey Martín de Mayorga entre 1782 y 1783. Del Valle pone especial atención en identificar a las corporaciones y a los individuos que ofrecieron sus servicios financieros y, en consonancia con la lógica que mueve el libro, propone algunas hipótesis sobre los motivos concretos que los llevaron a conceder préstamos gratuitos. Por entonces, el Consulado y el Tribunal de Minería otorgaron al virrey dos préstamos de un millón de pesos cada uno. Desde luego, no es difícil imaginar que con el desembolso de esas importantes cantidades perseguían conseguir redituables contraprestaciones. Los miembros del Consulado esperaban ser favorecidos con el libre comercio de harinas para abastecer a Cuba, la reconstrucción del camino Veracruz-México o la obtención de licencias para comerciar en el Pacífico. La autora también hace hincapié en la pretensión de evitar la aplicación en Nueva España del *Reglamento de libre comercio* de 1778, pues con él tendrían que hacer frente a una mayor competencia. Por su parte, el gremio de mineros logró la aprobación de las nuevas

ordenanzas de minería y la instauración de un tribunal privativo (1783), además de otras ventajas como la bajada del precio del azogue.

Por último, es necesario destacar que los gremios mercantil y minero funcionaron como «intermediarios financieros de la Hacienda virreinal» para reunir los importes de los préstamos (p. 143). De este modo, corporaciones religiosas —por ejemplo, el Tribunal del Santo Oficio o distintos conventos—, otras instituciones —como la Casa de Moneda—, y vecinos acaudalados confiaron sus capitales al Consulado y al Tribunal de Minería. Si, como hemos visto, la función de intermediarios de estas dos corporaciones no fue desinteresada, tampoco debió serlo la colocación de caudales en ellas. Por ejemplo, la inversión de doscientos mil pesos hecha por Francisco Martínez Cabezón, cónsul moderno del Consulado, para el préstamo negociado por el Tribunal de Minería, probablemente respondía a su empeño por mediar en las decisiones de los poderes establecidos y a sus intereses en el sector minero.

Conviene destacar una cuestión que, a mi entender, es muy apreciable en un libro. Me refiero al hecho de señalar nuevos interrogantes para futuras investigaciones. En concreto, Guillermina del Valle apunta de forma expresa a la necesidad de abordar el estudio del manejo dado a los fondos novohispanos canalizados hacia Cuba. Asimismo, la lectura del libro nos incita a trazar nuevas posibilidades de análisis para aproximarnos a la élite inversionista. Por ejemplo, la autora resalta la aportación económica hecha por el minero Pedro Romero de Terreros y la vincula con los títulos nobiliarios que obtuvo para sus hijos; en ese punto sería interesante investigar la relación de las concesiones de mano de obra forzada para sus minas con su influencia económica, así como las contrapartidas obtenidas por otros mineros que también realizaron destacados donativos.

El libro concluye con una reflexión que nos adelanta lo que viene a continuación. En las décadas finales del periodo colonial la continua y excesiva extracción de recursos extraordinarios fracturó lo que la autora denomina «la cultura política del consentimiento», debilitando la fidelidad de las élites (p. 177). Desde luego, detrás del patriotismo y la lealtad de los que hicieron gala cuando, en 1776, otorgaron los donativos, hay que vislumbrar la relación de reciprocidad con la Corona, que les permitía acceder a privilegios, sustanciosos beneficios y honores. En resumen, estamos ante una obra clave para entender la naturaleza contractual del entramado político de la monarquía hispánica, cuya lectura es más que recomendable.—ISABEL M. POVEA MORENO, Universidad de Granada.

Wheat, David, *Atlantic Africa and the Spanish Caribbean, 1570-1640*, Williamsburg, University of North Carolina Press, 2016, 332 pp.

O livro de David Wheat faz uma contribuição relevante aos estudos sobre as relações entre a África subsaariana, a Península Ibérica e a colonização das Américas, se inserindo nas perspectivas da história atlântica e da história social da escravidão, que se desenvolveram a partir da década de 1970. A segunda historiografia teve um desenvolvimento particularmente relevante para os séculos XVIII e XIX, sendo raros os estudos que trataram os séculos anteriores e o início da colonização moderna. David Wheat, munido de ampla documentação, consegue apresentar a complexidade social e a importância de africanos e seus descendentes no início da colonização americana, reestabelecendo os fluxos e conexões entre as margens do Atlântico.

O livro pode ser dividido em duas partes. Os três primeiros capítulos abordam a colonização do Caribe espanhol como um prolongamento das experiências de colonização portuguesa e das sociedades novas estabelecidas nas ilhas (com destaque para Cabo Verde e São Tomé) e costa africanas (Alta Guiné e África Centro-Occidental). A segunda parte, com mais três capítulos, examina os papéis desempenhados por africanos e descendentes, mulheres e homens, livres e escravos, como povoadores e colonizadores dos portos do Caribe espanhol e de seu interior. Essa divisão destaca os dois pontos fundamentais da contribuição de David Wheat para a historiografia contemporânea.

Foram as experiências de colonização portuguesa na África subsaariana, desenvolvidas desde o século XV, que conformaram o processo de colonização no Caribe, e a União Ibérica (1580-1640) favoreceu e aprofundou essa conexão atlântica. A Alta Guiné foi a principal zona fornecedora de escravos para a região no século XVI, estabelecendo-se uma interação política, comercial e social profunda, analisada pelo autor na diversidade e importância das identidades étnico-linguísticas, em contraste com a aparente homogeneidade das da África Centro-Occidental. Segundo o autor, a maior familiaridade com os povos da Guiné ajuda a explicar os valores mais altos, o maior *status* e a ocupação de ofícios e posições mais importantes em comparação com os negros provenientes da África Centro-Occidental.

Em cinco viagens, feitas entre 1572 e 1634, são arrolados mais de 20 etnônimos, em que se destacam homens e mulheres banhuns, biafadas, bijagós, brames, cassangas, «mandingas» e «zapes». O autor reconstitui

as relações políticas e os processos de escravização estabelecidos entre diferentes etnias e estados da África Ocidental para pensar na continuidade das interações e das trocas culturais entre africanos e ibéricos no Caribe espanhol. A dissolução negociada da federação quilombola de Bayano, no Panamá do século XVI, por exemplo, vai comprovar a importância social das identidades etnolinguísticas para a formação dos grupos quilombolas, associada à origem africana de seus líderes e decorrente, em grande medida, de relações forjadas na África.

A partir da década de 1590, as guerras associadas à expansão portuguesa em Angola conectaram a África Centro-Occidental ao Caribe. O autor identifica dois momentos da «onda Angola», ligados à ação bélica e à subordinação de sobas nos governos de João Furtado de Mendonça (1594-1602) e Luís Mendes de Vasconcelos (1617-1621). Para o primeiro período, Wheat identifica mais de 80 navios negreiros que partiram de Angola para a América espanhola, desembarcando cerca de quinze mil cativos; para o intervalo entre 1617 e 1625, localiza 150 navios, com a chegada de pelo menos trinta mil escravos. Através de seus dados é possível afirmar que o tráfico de escravos para a América hispânica superou o do Brasil até o início do século XVII e, por volta dos anos 1620, quando a «onda Angola» atingiu seu pico, o volume se tornou semelhante; mantendo-se como a principal fonte até o fim da União Ibérica, em 1640.

A associação dos portugueses com os imbangalas, entre 1590 e 1630, coincide com a «onda Angola» e explica, em grande medida, a presença significativa de crianças nesse comércio. Wheat demonstra que as mulheres e crianças eram vendidas em portos secundários, enquanto que as «peças» eram destinadas aos principais. Para o autor, o grande volume de crianças entre os escravos da África Centro-Occidental explica: os poucos etnônimos e topônimos (basicamente anzicos, congos e angolas); o número pequeno de revoltas escravas nos navios; a tendência desses africanos trabalharem sob a direção de feitores ou mestres da Alta Guiné; e o rápido processo de adaptação à sociedade do Caribe espanhol.

O autor reconstitui as conexões entre a elite de Luanda e o mercado caribenho, identificando personagens e suas estratégias para o provimento dos navios negreiros. Isabel de Oliveira Corte Real, viúva de um capitão espanhol em Luanda, foi uma importante negociadora de «peças» para as embarcações no início do século XVII. Além dos armadores principais; feitores, capitães de navios e membros da tripulação embarcavam seus próprios escravos para comercialização, fazendo de cada viagem um

empreendimento coletivo. Os feitores estabeleciam um comércio direto e eram responsáveis pela liquidação de créditos entre os dois lados do Atlântico. A Coroa também envolvia-se diretamente com o negócio negreiro e os escravos reais se destacaram nos serviços de fortificação, mineração e mesmo na agricultura e criação de gado. Os funcionários e governadores se sobressaíam na criação dessas redes: participando e fomentando guerras no interior do continente africano; avassalando e estabelecendo relações com chefias locais; e envolvendo-se em todos os negócios coloniais.

Os portugueses ocupavam uma diversidade de posições no Caribe —marinheiros, mineiros, ferreiros, comerciantes, *encomenderos*, trabalhavam em fazendas, na pesca de pérolas, etc.—, alguns haviam se instalado a poucos meses e outros eram residentes a décadas. Sua presença provocava sentimentos ambíguos, por um lado, estavam plenamente integrados à vida social, alguns tinham nomes hispanizados e eram casados com mulheres espanholas, mas muitas vezes eram vistos com suspeitas, como estrangeiros, envolvidos com os *resgates* e contrabando, como cristãos-novos e subversivos. O *lobby* dos comerciantes de Sevilha na Coroa e no Conselho de Índias os transformou em um alvo preferencial num programa deliberado de deportação no início do século XVII, mas suas relações com os poderes locais muitas vezes os protegeram.

David Wheat identifica a viagem da nau *San Jorge*, que chegou à Espanha em 1575, para demonstrar a complexidade das conexões e do intercâmbio histórico entre a Alta Guiné e o Caribe. Quase metade dos escravos a bordo pertenciam a nove passageiros identificados como tangomangos (também chamados de «lançados» ou «tangomangos», em espanhol), sendo um deles uma mulher negra livre, chamada Luisa Reja. Os resgates, em ambos os lados do Atlântico, eram sua atividade principal e podiam se estender por longos períodos e incluir diferentes portos. A maioria vivia em Cabo Verde ou em sociedades luso-africanas da costa e seu conhecimento das identidades, línguas e costumes culturais da Alta Guiné era valioso e os diferenciava de outros comerciantes no Caribe. Dentre os passageiros que faziam essas viagens, o autor destaca a presença de escravos domésticos, serviços e grumetes, com um estatuto livre ou escravo ambíguo, africanos ou luso-africanos.

O livro de chama a atenção para um problema historiográfico importante, que é a separação radical entre os estudos que abordam os séculos iniciais da colonização daqueles dedicados à história colonial dos séculos XVIII e XIX. Citando Richard Reid, o autor refere-se à hegemonia do

passado recente nos estudos da diáspora e da etnicidade que obscurecem a história dos séculos XVI e XVII. Em outra passagem, ele relaciona a economia negra de subsistência para o abastecimento de cidades portuárias, do comércio ultramarino e do mercado local e regional do Caribe no «longo século XVI» com a existência de um «campesinato» negro nos séculos XVIII e XIX. Ao colocar em diálogo os estudos sobre essas diferentes temporalidades, o autor favorece uma reflexão sobre as continuidades e transformações das relações entre a África subsaariana e as Américas na longuíssima duração.

Segundo Wheat, o reconhecimento do lugar dos africanos e descendentes como colonizadores do Caribe hispânico coloca em causa duas máximas historiográficas: a primeira sobre o destino histórico da região se definir pelo sistema da *plantation* açucareira; a segunda, de que a escravidão se desenvolveu na lógica da extração e exploração, e não de assentamento. A primeira é uma versão norte-europeia da história do Caribe, associada à colonização que se inicia na segunda metade do século XVII e destaca os casos de Cuba e Porto Rico. A historiografia latino-americana, por sua vez, salienta a extração de prata e a colonização das terras altas, em que predominava a exploração da população ameríndia, contribuindo para a invisibilidade dos africanos na colonização do Caribe espanhol.

Depois de destacar o papel das mulheres como intermediárias políticas e comerciais na África, as *nharas* da Alta Guiné e as *donas* da África Centro-Occidental, o autor analisa a importância social das *morenas horras* e *mulatas libres* no Caribe espanhol. Para isso, faz uma reconstituição detalhada da população caribenha entre o fim do século XVI e início do XVII. Identifica, por exemplo, que em Santo Domingo, em 1606, dentre os 620 *vecinos* (residentes e proprietários), 11 eram homens negros livres e 27 eram mulheres livres, descritas como mulatas, morenas ou negras. A presença dessas mulheres também era relevante em Cartagena, Gethsemani e Havana. Na cidade do Panamá, pessoas negras livre detinham quase 6 % da população escrava. Mulheres negras, como Francisca de Miranda, eram proprietárias de escravos, participavam do comércio de cativos, envolviam-se em outras atividades econômicas e casavam-se com europeus para ascender socialmente e garantir sua segurança.

Os africanos e descendentes —escravos, libertos, assalariados e proprietários— ocupavam diferentes atividades tanto no campo —como rancheiros, criadores de gado, canoeiros— como nas cidades —marinheiros, cozinheiros, domésticos, portuários, carpinteiros, calafetadores,

costureiros, sapateiros, ferreiros, lavadeiros, pedreiros, músicos e guardas de armazéns— e foram essenciais para a colonização. Aqui é importante reforçar que Wheat está atento aos antecedentes atlânticos, africanos e ibéricos que constituíram um campo unificado de experiências de colonização que estiveram presentes, e conformaram a colonização do Caribe. Supera, desta forma, uma perspectiva nacionalista da história colonial ou imperial, ao mesmo tempo em que particulariza o aprendizado transimperial ibero-atlântico, marcado, principalmente, pela experiência portuguesa na África.

Wheat analisa em detalhes o trabalho escravo nas estâncias das ilhas Espanhola, Porto Rico, Jamaica e Cuba para desfazer a ideia das «ilhas de açúcar» e destacar a importância dos escravos nos serviços domésticos, na criação de gado, cultivo de alimentos (mandioca, milho, vegetais, frutas, mel), de tabaco e de gengibre. Em alguns desses ranchos rurais, os escravos trabalhavam ao lado dos proprietários ibéricos, de sua família e de empregados negros livres e ocasionalmente ameríndios. Nos principais assentamentos espanhóis em *Tierra Firme* (que se referia à costa da Venezuela ao Panamá, com a proeminência de Cartagena de Índias, Nombre de Dios, Portobelo e a cidade do Panamá) a presença de africanos e descendentes chegava a quase 75 % da população. A população negra cresceu rapidamente a partir de meados do século XVI, enquanto que a população ameríndia caiu vertiginosamente. Outra parcela relevante de africanos e descendentes eram trabalhadores assalariados, feitores, mordomos e proprietários rurais. O trabalho rural sazonal podia ser alternado com trabalhos urbanos.

O questionamento da própria noção de «colonização europeia das Américas» é uma proposição importante do autor e da obra. Mas, em seguida, se coloca a necessidade de diferenciar os diferentes papéis desempenhados no processo de colonização. O autor observa então que, apesar da importância demográfica e econômica dos africanos e descendentes, seu poder político era limitado e estava sob constante ameaça. As patrulhas de capitães do mato, por exemplo, utilizavam o pretexto quilombola para atacar comunidades ou propriedades de negros livres para se apropriar de suas terras e forçá-los ao trabalho. Mas, desde a década de 1620, comunidades de negros livres se dirigiram à Coroa espanhola e aos oficiais régios para protestar contra esses abusos e garantir seus direitos como *vecinos*.

O livro encerra com uma reflexão sobre o «processo multidirecional» de ladinização ou «latinização» dos africanos no Caribe. O conhecimento simultâneo das sociedades ibéricas e africanas dava aos ladinos uma importância estratégica como intermediários culturais e sociais. Observa

que esse processo foi rápido e incluiu a apropriação das práticas religiosas ibéricas, sem romper, significativamente, com as identidades, lealdades, crenças e memórias africanas. Aliás, a experiência prévia de contato com a cultura ibérica —na África ou nas ilhas atlânticas— fazia deste processo uma continuação fluida. Os africanos e descendentes sabiam, igualmente, manipular esses códigos sociais visando à segurança ou à melhoria de vida individual ou coletiva. Era comum também que aos africanos recém-chegados fossem designados padrinhos ladinos com uma história ou experiência africana semelhante.

O trabalho com a documentação é outro ponto de qualidade do livro que, novamente, lhe dá consistência para contribuir para a vertente dos estudos da história social da escravidão —ao reconstituir a trajetória e o modo de vida de pessoas negras estabelecidas na região— e a da história atlântica, na linha da estatística, desde a estimativa de africanos desembarcados nos portos da América hispânica até o percentual de escravos e negros livres vivendo nas principais cidades. Sinto falta de uma bibliografia final que permita ao leitor uma visão completa das referências trabalhadas pelo autor no conjunto da obra.

Esta resenha, por fim, pretende influir para a elaboração de uma versão em português ou espanhol dessa obra que muito contribui para a difusão da história atlântica e da história social da escravidão nos séculos iniciais da colonização das Américas e ilumina diferentes aspectos da vida, do trabalho e da resistência dos negros e os processos de transformação e permanência nos séculos seguintes.—RODRIGO BONCIANI, Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA).